

**RESEÑA:**

**AGULLES MARTOS, J. M (2017). LA DESTRUCCIÓN DE LA CIUDAD. EL MUNDO URBANO EN LA CULMINACIÓN DE LOS TIEMPOS MODERNOS. MADRID: CATARATA.**

*Ma. Emilia Soria*<sup>1</sup>

*La destrucción de la ciudad* es el título de la obra en la que Juan Manuel Agulles nos propone una aproximación a las consecuencias devastadoras del moderno proceso de urbanización. Lo hace a partir de un recorrido organizado en seis capítulos a través de los cuales transita por el origen contradictorio y paradójico de las ciudades, su evolución histórica surcada por las distintas modalidades que ha asumido el capitalismo, las nuevas formas de la ciudad posmoderna, y las posibilidades de resistencia que el presente propone (e impone). En clave de ensayo, el sociólogo español realiza un aporte a las discusiones en torno a las problemáticas que atraviesan las ciudades contemporáneas, con una tesis sugerente: el proceso de urbanización, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo XX, ha destruido el mundo rural, al tiempo que las propias ciudades han quedado envueltas en una dinámica de competencia global por atraer turistas e inversiones, poniendo en peligro el espacio social de la vida en su interior.

En el primer capítulo, el autor se concentra en la importancia que el desarrollo de las ciudades ha tenido en su vinculación con el desenvolvimiento de los aspectos culturales y civilizatorios de la humanidad. Agulles nos recuerda que, si bien el urbanismo actual tiende a homogeneizar los estilos de vida bajo las pautas del capitalismo, esto no siempre fue así; y que, en algún momento de nuestro pasado, la ciudad fue lugar de convivencia y emancipación. Ubicándola como una de las producciones humanas más elaboradas, le atribuye un origen múltiple y heterogéneo, no exento de tensiones y contradicciones, lo cual permiten comprender cómo es que ha sido el marco de la conquista de otros pueblos, y del sometimiento de estos a la esclavitud, al tiempo que también expresa la densificación de las relaciones humanas y la capacidad de trabajo colectivo y comunitario, en pos de un fin trascendente. La ciudad ha tenido históricamente la capacidad de reunir a una gran diversidad de formas de vida, a diferentes oficios, religiones y códigos de conducta. Pero su crecimiento desmedido y la extensión de sus pautas paradójicas de consumo, trabajo y movilidad a todo el territorio, terminó por hacer de las ciudades contemporáneas “cadáveres con una salud de hierro”. El origen de esta modalidad de urbanización se remonta a los inicios del desarrollo capitalista, tiempos en los que toma forma una dinámica de creación de valor del suelo urbano, es decir, cuando se constituye el mercado inmobiliario como sector estratégico al que remitir los beneficios acumulados de una actividad productiva previa. Radican aquí los comienzos de los condicionamientos en el acceso a una ciudad marcada por la carencia, la segregación y la especulación, constituyéndose una estructura urbana que reproduce en el espacio las jerarquías inauguradas por el capitalismo industrial.

La nueva realidad urbana, surgida en el contexto del capitalismo de escala planetaria, se caracteriza por una dinámica de crecimiento que tiende a la totalidad, en la medida en que las distancias tienden a desaparecer, mientras que el tiempo se comprime. Sobre ese desarrollo implacablemente arrasador, versa el segundo apartado. Es decir, que se dedica a la *Antípolis*, a esa negación de la ciudad como forma histórica de habitar el espacio, como depósito común de la memoria de una comunidad. La mirada histórica que propone el autor permite un

---

<sup>1</sup> Facultad de Economía y Administración, Universidad Nacional del Comahue.

contrapunto interesante entre unas ciudades medievales orientadas al autoabastecimiento y la solidaridad, y un urbanismo moderno, surgido al calor de la industria, que hizo de las ciudades, mercancías exitosas. De igual modo que la primera organización gremial de la economía urbana se vio sacudida por la industria hasta sucumbir, la ciudad industrial dio lugar a una economía metropolitana que daría como resultado, el mismo final. Es que la Segunda Revolución Industrial daría paso a una nueva etapa de crisis urbana que, en su mayoría, asumiría la forma de crisis financiera. A partir de este momento, sostiene Agulles, la urbanización de todo el territorio se ha convertido en un principio económico irrenunciable para el desarrollo del capitalismo. Su contracara es, por supuesto, la exclusión. La circulación de capital entre la industria y la producción del espacio, a través de intermediarios financieros, representa hoy la estrategia primordial para reactivar el consumo y la producción; pero como cada vez hay menos posibilidades de incluir nuevos territorios, la destrucción de la ciudad construida –y su posterior rehabilitación– se convierte en valor esencial de las nuevas inversiones. De este modo es que se crea, a principios del siglo XXI, un nuevo espacio social que ya no va a tener que ver con la ciudad como forma histórica de habitar el espacio, ni con el urbanismo de los dos primeros siglos de industrialización. Estamos frente a la descomposición de las relaciones sociales y al surgimiento de poderes cada vez más alejados de la vida en común, más alienantes. En otras palabras, hemos cedido grandes parcelas de autonomía, en una ciudad que ha perdido aquello que la volvía atractiva como lugar de transformación social. De aquí el imperativo de defensa de la ciudad, de limitar la urbanización como forma de lucha política de primer orden.

La tercer y cuarta entrega de esta obra proponen una reflexión sobre las problemáticas arriba explicitadas, echando mano de la arquitectura posmoderna como expresión de la crisis urbana. Agulles parte de un supuesto claro: la manera en la que se diseñan, proyectan y construyen los edificios, no se da en el vacío; muy por el contrario, la arquitectura es “hija de su tiempo”. Así como Le Corbusier imaginaba y bocetaba una ciudad con aires fordistas, la arquitectura surgida de la crítica al modernismo funcionalista va a proponer una renovación urbana basada en la inclusión de “edificios singulares” que funcionen como imán para la atracción de turistas. Emergen, de este modo, unas “ciudades revanchistas” que desplazan a la población de bajos recursos y trabajadores de la economía informal que había habitado los centros urbanos durante los años de crisis, desempleo y abandono masivo hacia nuevas zonas residenciales y de grandes centros comerciales. Aquellos territorios otrora florecientes que la crisis de mediados de la década de 1970 (que se extendió hasta la de 1980) y el ajuste presupuestario habían conducido a la degradación, pasan a ser las presas de un nuevo ciclo de oro de la depredación urbana, en el que la arquitectura posmoderna aporta unas soluciones que dan cuenta de su descreimiento en los fines sociales de la construcción, dando por tierra con las certidumbres de las corrientes que la precedieron. Se trata de una arquitectura vacía de proyecto social, un “texto sin contexto”, que se inspira en el capitalismo de casino de Las Vegas, y exalta a la abundancia, el lujo y el derroche como valores. La ciudad que da como resultado esta lógica ya no va a estar centrada en la producción, sino que va a hacer pie en el consumo, como una ilusión que se universaliza de manera perversa. Se forja, de este modo, un nuevo estilo internacional inspirado en el crédito y el dinero, que lleva a una experiencia de habitar el espacio basada ya no en la identidad ni lo fijo, sino en lo volátil y vertiginoso de un mundo totalmente integrado en el proceso de mercantilización.

En el quinto capítulo, Agulles evoca la imagen de los *Theatrum Machinarum*, libros publicados entre el 1400 y 1600, que describían máquinas tanto reales como fantásticas. Lo hace para graficar a la ciudad, lugar por excelencia de la difícil coexistencia de los humanos con las máquinas, en la que las innovaciones técnicas ofrecen respuesta a los problemas y necesidades de la vida en comunidad. Continuando con su línea de desarrollo, una mirada sobre la ciudad actual nos permite pensarla como el escenario de la subversión por la cual las

máquinas tienden a humanizarse, al tiempo que los humanos asumen comportamientos maquinales. La disolución de los lazos sociales en su interior apareja precisamente eso, la preeminencia de unas relaciones mediadas por cosas, en la que las mercancías y los artefactos imponen su lógica, en detrimento de aquello que nos hace humanos. Las capacidades técnicas desarrolladas en las ciudades han favorecido el orden a lo largo de la historia, en tanto hicieron posible la resolución de problemas involucrados en la construcción de un entorno que garantizara la supervivencia. Pero al mismo tiempo, instituyeron formas de poder que polarizaban a los habitantes según su posición relativa respecto al dominio de las fuerzas de producción. La ciudad industrial inauguró, entonces, una nueva modalidad por la cual los medios técnicos se convirtieron en fines sociales, resignificando con ello la vida urbana, a partir de la necesidad de adaptación individual a la gestión tecnológica de la propia existencia. De este modo, la ciudad actual, *Tecnópolis*, tiende a sustituir los lazos comunitarios de antaño por una masa de individuos conectados, y a hacer del territorio un sinfín de lugares carentes de vida, lejos de la naturaleza y ahora también de la comunidad.

En consonancia con la línea argumental arriba mencionada, y a modo de balance de su obra, el sexto y último capítulo bucea en las razones para “permanecer juntos” a pesar del panorama desalentador, para salvarnos de la deriva catastrófica que está haciendo desaparecer a la ciudad como elemento histórico y forma de construir el espacio social. Lejos de ofrecer al lector un programa de reformas urbanas que permitan un retorno a tiempos preindustriales, Agulles se inclina por la necesidad de dismantelar *tecnópolis*, en la medida en que ésta representa la cristalización del proceso de desposesión y falta de autonomía, propio de la organización social contemporánea. Desde su particular mirada, la construcción de una cultura urbana refractaria a los designios del desarrollo tecnológico puede ser la clave. La lucha debiera asumir, entonces, la forma de esfuerzo por detener la proliferación de estas estructuras urbanas que rinden la reproducción de la vida al ciclo degradante de la mercancía, de estos lugares de excrecencia de la vida urbana que se materializan en sitios apartados de la ciudad, pero que se esparcen a todo el territorio. Se impone, de este modo, la necesidad de renunciar a los medios que pone a nuestro alcance el desarrollo tecnológico para poder comenzar a desandar nuestro aprendizaje de la sumisión moderna, en un camino de búsqueda de autonomía que permita satisfacer las necesidades básicas y dotar de fines trascendentes a la existencia, ya no sólo dentro del territorio, sino también como partícipes de las tramas sociales que se recrean en él.

La obra reseñada ofrece una mirada sobre las diferentes formas que ha adoptado la destrucción de la ciudad a través del industrialismo y sus planes urbanísticos y arquitectónicos. Hilvana con claridad el desarrollo del sistema capitalista y las transformaciones que apareja para los modos de vida en las urbes. En tal sentido, es un aporte a la problematización sobre los males que la aquejan en la actualidad, al tiempo que invita a una reflexión no sólo teórica desde la academia, sino también personal, sobre las maneras de hacer la ciudad y de vivir en comunidad.